

BIBLIOTECA CENTRAL
H. A. N. L.

CAPITULO XXX.

Historia eclesiástica.

I. Matanzas de San Bartolomé.—II. Revocacion del edicto de Nantes.

Después de la Inquisición, constituyen un perpetuo asunto de declamaciones contra la Iglesia las matanzas de San Bartolomé y la revocacion del edicto de Nantes: convendrá, pues, decir algunas palabras de las unas y de la otra.

I. *Las matanzas de San Bartolomé* contra los hugonotes en Francia, reinando Carlos IX, en el año 1572, son ciertamente una de las páginas más negras de la historia. Ninguno lo pondrá en duda; pero ¿a quién se debieron? Quien creyese á muchos declamadores, aquella fué una medida sanguinaria de la Iglesia católica; mas cuantos consulten la historia imparcial, hallarán una cosa bien diversa.

Conviene, pues, saber que desde los primeros años de la Reforma, los calvinistas introducidos en Francia hicieron lo que, segun la observacion del protestante Grocio, hacian en todas partes. Después de haber logrado seducir á no pocos personajes, entre los cuales habia vários individuos de la familia real, de vida mundana y disolutos, y de haber recogido en las encrucijadas y en medio del fango de las calles públicas lo que habia de más corrompido, comenzaron á conspirar. Aumentado su número y su atrevimiento por la circunstancia de hallarse la corte en guerras y facciones, se pusieron á diseminar el error á mano armada. En las ciudades, tierras ó villas donde entraban solian emplear el hierro y el fuego, destruir los templos sagrados, derribar los monasterios, hacer morir á los sacerdotes, corromper y deshonorar á las vírgenes de Cristo; disponer, finalmente, mil estragos y carnicerías contra los católicos que no querian renunciar á su fé. Mas como los reyes de Francia no

habian nunca descendido á pactar con ellos, excitaron claramente á la rebelion en una multitud de escritos ardientes; y pasando de las palabras á los hechos, sustrajeron de la obediencia á ciudades y castillos, sitiaron poblaciones, opusieron fuerza á la fuerza, y, conseguida la Rochela, se fortificaron en ella. No satisfechos aún, recurrieron á los príncipes protestantes de Alemania y á la reina Isabel de Inglaterra, de quien lograron auxilio de hombres y de armas, por lo cual se conmovió Francia entera. Para que tomáran incremento dichos males, vino el almirante Coligny, que por su nombre ilustre y por el ardor con que sostenia el partido de los hugonotes, molestaba grandemente al Rey. Valiéndose de su reputacion en perjuicio de la real autoridad, mandaba como soberano en diversas provincias, en que habia establecido gobernadores, jefes militares y consejeros que asoldaban tropas y exigian impuestos sin dependencia alguna del Monarca.

Llegadas las cosas á este punto, ¿qué sucedió después? Carlos IX, rendido por tantos medios empleados, aunque inútilmente, para reducir al almirante, al ver que la obstinacion de los hugonotes y de los príncipes conjurados era indomable, y temeroso de llegar, por último, á perder su reino, como vários otros príncipes católicos, juzgó que debia prevenir con un golpe de Estado su posible ruina: dando secretamente sus órdenes, hizo quitar la vida á Coligny, no ménos que á todos los principales protestantes de París y de otras várias ciudades del reino. Así ciertamente sucedió el hecho.

Puede aquí preguntar alguno si es cierto que en su conspiracion última atentaron los hugonotes contra la vida del Rey y de la familia real, ó bien si para encender la ira de Carlos bastaron los hechos gravísimos precedentes: hay autores que opinan lo primero, y no faltan algunos que aseguran lo segundo. Igualmente puede alguno preguntar si tal medida fué obra principalmente del Rey ó de su madre Catalina, como para defender al hijo en parte, dicen por punto general los historiadores fran-

ceses. Contéstense como se contesten esas preguntas, es positivo que el propio Rey no disimuló, declarando que había dispuesto aquella matanza. «El tercer día, escribe Dávila, despues de la muerte del almirante... el Rey... se dirigió personalmente al Parlamento, y aunque en los primeros días hubiese atribuido el caso á tumulto popular (que se añadió realmente por el ódio grandísimo que á los protestantes se profesaba), allí, con todo, manifestando sus pensamientos, en difusa relacion expuso las causas por las cuales había dispuesto hacer morir y exterminar á dichos rebeldes y perpétuos conspiradores contra su persona y su reino, los cuales, sin embargo de que había muchas veces perdonado sus excesos anteriores, volvian siempre con obstinada perfidia á nuevas tramas é insurrecciones.» Así dice Dávila, y con él todos los historiadores católicos y protestantes que han mencionado aquel funestísimo suceso. Mas ¿tuvo la Iglesia parte alguna en él? No sólo no tuvo parte, sino que no la hubiera podido tener. Notad bien, lectores, este punto, porque, una vez esclarecido, la cuestion queda resuelta.

No pudo tomar parte Roma, porque ni ella, ni corte alguna católica tuvo la menor noticia de la matanza, tan imprevista para los embajadores de las potencias extranjeras que vivian en París, como para los infelices que fueron víctimas. Sospecharon algunos que el duque de Alba había aconsejado años atrás, en el Congreso de Bayona, medidas de rigor contra los protestantes, lo cual es probable, atendidas sus ideas; mas lo cierto es que al verificarse la matanza, ponía sitio á Mons, y quedó lleno de estupor, como resulta de un boletín original que redactó en aquella ocasion, y expuso el Sr. Gachard en la Academia de Ciencias de Bruselas en 1842 á cuantos lo desearon ver. En la metrópoli del Catolicismo no se supo absolutamente nada, porque el Nuncio Salviati, que estaba en París, no había traslucido la menor cosa, como demostró Chateaubriand, embajador en Roma, por medio de las correspondencias de Gregorio XIII y del Nuncio referido, que se procuró, comunicadas á sir James Mackintosh,

que hizo uso de ellas en su *History of England*. El hecho sorprendió tambien completamente á Felipe II, lo cual dedujo Capefigue de los documentos de dicho Monarca encontrados en los archivos de Simancas cuando Napoleon invadió la España. ¿Qué más? No lo había previsto siquiera Catalina, madre de Carlos IX; y la prueba es indudable, porque en aquel mismo tiempo trataba, por medio de su embajador La Mothe Fenelon, un arreglo con la reina Isabel, y su matrimonio con uno de sus dos hijos: el duque de Anjou ó el de Alençon. ¿Quién puede creer, pues, que Catalina quisiera tratar un asunto que tanto le importaba precisamente en el momento en que á realizarse iba un hecho que había de enfurecer á la con quien queria reconciliarse, y sobre todo que no dijese siquiera una palabra al embajador, que hubiera quedado expuesto á la indignacion de aquélla, sin saber qué contestar, como sucedió realmente? Explicase esto solamente manifestando que ni ella ni otra persona habían previsto el hecho: si esto es indudable, como lo es, preguntaré nuevamente: ¿cómo pudo tener culpa la Iglesia, á la cual fué imposible tomar parte en el suceso?

En el consejo del Rey no entró eclesiástico alguno, ni Obispo, ni el Nuncio, ni otra persona fuera de la familia real: la ejecucion no se confió en parte alguna á ningun sacerdote: hasta el autor de los *Anales políticos* testifica que el clero no contribuyó en nada, y que todo fué obra de la política: ¿cómo, pues, se inventan tantas calumnias contra la Iglesia?

Diré mejor que la Iglesia tomó parte, y no ténue. Quien conoce la historia de las ciudades de Lyon, de Tolosa, de Burdeos, de Bourges y de otras, sabe que los Obispos y los eclesiásticos consiguieron afortunadamente poner en salvo á muchos de aquellos infelices, porque, mientras eran perseguidos por el furor popular, los escondieron, los ampararon, y, empleando en su favor la propia autoridad, impidieron que fuesen asesinados. Esta es la parte verdaderísima que tomó la Iglesia.

«Mas Gregorio XIII, dicen algunos, hizo cantar en Roma un *Te Deum* cuando supo lo acontecido.» Muy exacto, contesto, y tuvo razon, y todo lector discreto se la dará en breve cuando sepa lo que pasó. A Roma anuncióse, como á las demás córtes, que el Rey «habia tenido necesidad de prevenir para que no se le adelantasen, porque milágresamente se habia enterado de la conspiracion que tenia por objeto quitarle la vida, como tambien á la reina su madre, y á sus hijos los duques de Anjou y de Alenzon, y al mismo rey de Navarra.» Así fué comunicada primeramente la nueva, y así fué creida. Ni en Roma se pudo en aquel momento saber más de lo dicho, que se creyó en París igualmente y en las provincias de Francia. Ahora bien. Si por la noticia de la liberacion, casi prodigiosa, de toda la córte de Francia se pidió cantar un *Te Deum*, ¿podia y debia el Pontífice negarse razonablemente? Ponderen los lectores estas circunstancias, y verán si queda lugar para las censuras. Sin embargo, al Pontífice Gregorio XIII, cuya mansedumbre fué econdenada varias veces por los historiadores como excesiva, se le oyó suspirar y decir en aquella ocasion: «¿Quién me asegura de que entre los criminales no han perecido tambien muchos inocentes?» ¡Hé aquí la culpa cometida por la Iglesia!

En cuanto al número de las víctimas, comienzo por reconocer que, sea cual sea, se ha de lamentar extraordinariamente; mas afirmo que se ha exagerado de una manera increíble. Hubo quien, abriendo cuanto pudo la boca, dijo que en aquella matanza perecieron cien mil hugonotes: otros afirmaron que sesenta mil. El *martirologio de los hugonotes* publicado en 1581, y por consecuencia nueve años despues del hecho, formado con el concurso de toda la secta con suma diligencia, y más dispuesto á engrosar el número de las víctimas que á disminuirlo, despues de haber hablado de treinta mil, las redujo á quince mil ciento sesenta y ocho. Finalmente, cuando á recoger se llega los nombres, sólo se hallan setecientos ochenta y seis. ¿No os parece oír la fábula de los cien lobos?

Por lo demás, repito que, sea cual sea el número de dichas víctimas, se han de lamentar altamente; sólo añado que aquel hecho no sucedió como fué descrito por plumas hostiles á la santa Iglesia, y además que, de cualquier modo que acaeciese, no tuvo más parte que la de deplorarlo.

II. Venimos á la *revocacion del edicto de Nantes*. Ante todo, ¿qué era este edicto? ¿Cómo y por qué razon fué revocado? Importa saber que Enrique IV, subido al trono de Francia, ora porque no creyera político combatir más tiempo á los herejes que habian usurpado con la rebelion muchas prerrogativas de la autoridad real, ora porque juzgase deber de gratitud algunos miramientos á los cuya religion profesára, y que le habian favorecido, hábales otorgado en un edicto muchos derechos civiles, á una con el de practicar públicamente su religion. Reprimidos en los años y en los reinados subsiguientes los desórdenes, y quitada á los hugonotes la Rochela, donde se mantenian, disminuyó el número de los sectarios grandemente. Luis XIV, subido al sòlio, procuró durante veinte años conducir de nuevo á los extraviados á la unidad católica, y con buen éxito. Hé aquí cómo lo cuenta Cantú: «Deseando Luis XIV reducirles poco á poco, creia deber abstenerse de todo rigor, respetar las concesiones de sus abuelos, recompensar á los dóciles, y favorecer las misiones. No era escaso el fruto. Los nobles, cuya mitad eran protestantes en el reinado de Enrique, eran ya todos católicos. El canciller d'Aguesseau asegura que su padre, dejando la intendencia del Languedoc, habia visto á más de seis mil protestantes de la diócesis cambiar de religion en tres dias: casi no existian ya en las provincias del Centro: entre ellos, los que comerciando enriquecíanse, se convertian para obtener títulos de nobleza y empleos.» El mismo Sismondi, aunque protestante, confirma que la obra de Luis en la conversion de los hugonotes no habia dejado de producir sus efectos.

Hallándose, pues, las cosas en tal estado, pareció llegado el momento de reunir á toda Francia

en una sola religion: «Este parecer, dice Sismondi, era general.» A dar el empuje decisivo contribuyó despues el canciller Le Tellier, que, hallándose á los ochenta y tres años á las puertas de la muerte por una enfermedad, pidió, como su consuelo último, poder firmar ántes de morir el decreto que revocára el edicto de Nantes. El Rey, que tenía el mismo deseo, porque notaba que el bien religioso andaria de acuerdo con el político, lo revocó realmente: hé aquí de qué manera sucedió, segun el testimonio de los historiadores.

Además, que el Rey tenía derecho para proceder así, es indudable. El mismo protestante Grocio tuvo que decir: «Sabemos bien los protestantes que el edicto de Nantes y otros parecidos no son tratados de alianza, sino decretos del príncipe para el bien público, revocables cuando éste lo demanda.» Usaban de este derecho y con extremada dureza todas las naciones protestantes contra los católicos, sin que nada valiesen las observaciones de éstos. Que la prudencia, por otro lado, aconsejase á Luis aquella medida, se puede inferir de que, abolidas ya en detall casi todas las disposiciones de aquel edicto, por la actitud que mostraban los hugonotes restantes de unirse á la Iglesia, no se podía esperar sino la pacificacion absoluta del reino. Y así sucedió realmente, bien que dañara en parte á la obra la *manera* con que llevóse á cabo.

Porque, sin embargo de haber dado el Rey órdenes para que todo se hiciese con suavidad, y de haber dicho en la asamblea de los Obispos aquellas palabras: «Os recomiendo que trateis á los protestantes con dulzura, y que sólo os sirvais de razones para reducirlos á la verdad.» Louvois, enviado para que presenciase la ejecucion del real decreto, se condujo á la soldadesca más de lo que convenia. «No es que matase, dice Cantú, sino que con agravios ó promesas sonsacaba profesiones de fé católica. ¿Recaian? Hé aquí la ley contra los relapsos. ¿Querian salir? Hé aquí otra contra la emigraciones, sin que se atendiese á los que reclamaban.» ¿Qué hizo empero la Iglesia entónces? La Iglesia, que no

habia ordenado aquella revocacion, como Saint-Simon y todos los autores lo testifican, dulcificó su cumplimiento de todas las maneras posibles. El obispo Fenelon escribia entónces:

«¡Oh Pastores! alejad todas las angustias del corazón, y tened muchas entrañas. Nada sabeis si sabeis sólo mandar, reprender, corregir, mostrar la letra de la ley. Sed padres, no basta; sed madres, y sufrid los dolores y los esfuerzos del parto para formar á Jesucristo en un corazón.» Los misioneros enviados con tal propósito quisieron, ántes de ejercer su ministerio, alejar del todo á los soldados. Bossuet, en su diócesis, se opuso realmente á toda coaccion, y no sufrió que fuesen molestados á la sombra de su nombre. Más aún: trabajó con Luis XIV para obtener la *declaracion* de 1698, la *Instruccion del Rey* á los intendenies, y la *Carta del Rey* á los Obispos, por la cual abrianse nuevamente las puertas del reino á los protestantes, y se les restituian sus bienes á condicion de hacerse instruir. La Iglesia, en una palabra, no tuvo más parte en aquella obra que la de costumbre, de moderar con sabiduría y dulzura las imprudencias y precipitaciones de otros. Así pasó, y nadie lo destruirá, si no declara primeramente abolidas todas las historias de aquellos tiempos. Despues de lo que, ¿hay aún algun motivo para vociferar tanto contra la Iglesia?

Por lo demás, no puedo ménos de hacer una observacion á todos los lectores de juicio. La matanza de San Bartolomé y la revocacion del edicto de Nantes continuamente están en los lábios de los impíos, que forman con ellos una tragedia perenne contra la Iglesia, la cual, como hemos visto, no tuvo más parte que la de dulcificar y disminuir el rigor de los hechos. Mas ¿quién recuerda nunca, ó deplora, las horrendas matanzas de los protestantes contra los católicos, que confiesan ellos mismos, y de las cuales se vanaglorian? Ninguno. Lutero se gloriaba de haber sido el responsable de toda la sangre derramada en la guerra que se llamó *de los aldeanos*, en la cual perecieron más de cien mil de

aquellos infelices. El consistorio establecido por Calvino en Ginebra condenó en sesenta años (como resulta de los registros de la ciudad) á más de ciento cincuenta personas por sola imputación de magia, sin decir nada de tantos que desterró, redujo á prision, ó hizo quemar. ¿Quién puede referir las matanzas de Suecia, de Noruega y de Dinamarca? ¿Quién, sobre todos, las de la Delicaria? «Yo quisiera, dice el protestante Fitz-William, borrar la série larga de iniquidades que la Reforma cometió en Inglaterra. Las injusticias, las opresiones, las matanzas y los sacrilegios llenan nuestros anales.» ¿Y quién puede describir las desolaciones de Irlanda? Sólo lo que hizo el protector Cromwell es verdaderamente increíble. Los católicos eran perseguidos, abrasados y degollados en número tan grande, que provincias enteras de aquella isla quedaron completamente despobladas. «Yo podría, dice Bossuet, teniendo á la vista los documentos que aún se conservan, recordar las matanzas hechas por orden de la reina Juana en el Bearnés, de innumerables sacerdotes, religiosos, y seglares, cuyo solo delito era ser católicos, y los precipicios donde eran arrojados, y los pozos donde los ahogaban, y el puerto de la Rochela, donde eran anegados, y los registros públicos de Nimes, de Montauban, de Alais, de Montpellier, donde se prueba que á sangre fría y con deliberado propósito se discurrían y ejecutaban aquellos estragos: «Las dos conjuraciones de Amboise y de Meaux, continúa el protestante Fitz-William, cinco guerras civiles encendidas, fortalezas entregadas, iglesias y monasterios saqueados y reducidos á cenizas, sacerdotes, frailes y eclesiásticos degollados, y simples fieles bárbaramente muertos en medio de las procesiones solemnes de Pamiers, de Rodez, y de Valencia, son testimonios irrecusables de la sangrienta barbarie ejercitada por los hugonotes contra los católicos. No me atrevo á negar estos hechos, porque son exactos.» Froumentan, también protestante, confiesa que sólo en el Delfinado fueron degollados doscientos cincuenta sacerdotes y ciento doce religiosos. El

calendario de los protestantes da cuenta en los siguientes términos de una de sus victorias: «El 27 Setiembre de 1562, victoria de los fieles (hugonotes) contra los papistas: la ciudad fué saqueada; los eclesiásticos degollados ó arrojados á los pozos: los clérigos presos, mientras cantaban: *Fili Dei vivi, miserere nobis*, ahogados en el pozo cerca de la iglesia.» Y con todo me olvidaba de los estragos conocidos con el nombre de *Michelate*, de los cuales ignoro si la historia recuerda sucesos más atroces: olvidaba las proscripciones, las multas, los destierros, las prisiones, los destrozos de las entrañas aun palpitantes, los ecúleos, la hija de Scavinger, y cien otros martirios inventados y puestos en práctica contra los católicos durante algunos siglos en la muy civilizada Inglaterra y en otras partes. Dejando todo esto, preguntaré solamente: ¿por qué nuestros incrédulos tienen de continuo en la boca la matanza de San Bartolomé ó el edicto de Nantes, y olvidan los demás hechos mencionados, mucho más graves? ¿Cómo es que sus entrañas sólo se conmueven por los sufrimientos de los protestantes, y son tan insensibles y crueles hacia los católicos? Lector: aquí hay una mezcla de hipocresía, de impiedad y de barbarie que no se puede describir con palabras.

por los doctos de su tiempo, lo mismo se tuvo como una hipotesis. También se tuvo como una hipótesis. «Mientras se tuvo como una hipótesis, lo dice el mismo Lippi, que es resumido en otros términos á Galileo, todas las hipótesis de otros con- mente á Galileo, no creó la corte romana que había tra la Iglesia, no creó la corte romana que había tomar parte. Hablase ya permitida el cardenal de Guas sostener el movimiento de la tierra, y á Co- pérnico publicar la teoría en una obra bellísima al Pontífice. Mas en Roma el príncipe Cosi y la so- ciedad de los Linceos, de la cual era presidente, recibió con gran favor. Lo propio hicieron varios insignes personajes eclesiásticos ó seculares. El cardenal Belarmino, dice Lippi, se dirigió á contra- jentarse entre los cuales están el astrónomo Cla- vio, y fin de or su parecer sobre dicho asunto. Lamento y su respuesta, que me publicó de la en- tregar que no se rechazaban entonces las nuevas